

Memorialistas & Viajeros

Elogio de la Moleskine

Bartolomé Leal, desde Santiago

Mi amigo de más de medio siglo Mauro Yberra suele hacer apariciones fulgurantes, como las de Proteo en la *Odisea*, sin que sea fácil a primera vista saber si se trata de él mismo o de alguna ominosa bestia mítica. En cualquier caso, un domingo de verano me dijo con voz cavernosa: te he traído un obsequio. ¿Qué sería?, pregunté ansioso (sus obsequios siempre son más o menos notables). Pues una *notebook* Moleskine, me respondió. Computadoras me sobran, repliqué. Ignorante de ti, sentenció Yberra con voz airada, cargada de metálicos ecos bíblicos. Estoy hablando de un carnet de notas, un *taccuino* como dicen los italianos, una bitácora como le suelen llamar los navegantes... Vaya, dije, se agradece; y recibí de sus manos una atractiva libreta negra, tamaño 9x14 cm., cuyas hojas giran sobre el eje menor y que lleva una banda elástica para evitar que se desparramen o abran sin control.

Pues para superar tu ignorancia, siguió flagelándome Yberra, la Moleskine es la heredera de las legendarias libretas usadas por reporteros, detectives, artistas y escritores de antaño. Y esto incluye a destacados escritores viajeros como Ernest Hemingway, Oscar Wilde y Bruce Chatwin. Sin olvidar a Boris Mocos, el pensador orate, confinado en un manicomio gracias a los dioses. Fueron muchas las novelas y cuentos que algún día leíste, prosiguió Yberra, que germinaron en una Moleskine. Pertenece a la época de la pluma fuente, sé que aún escribes con esos adminículos periclitados. Yberra me cateó, acusador. A mucha honra, le respondí, me sirvo de mis Parker y otras no menos nobles lapiceras a tinta. Creo que una Moleskine no mejorará tus modestos talentos, continuó Yberra, pero te puede ayudar en el margen. A veces se pone un tanto pesado mi amigo, pero, bueno, es la edad.



Dijiste Bruce Chatwin, intervino, pues es uno de los grandes escritores de viajes del siglo XX, y *Los trazos de la canción*, donde narra sus aventuras en Australia tratando de rescatar los viejos mitos indígenas, es uno de las cimas del género. Pues hay algo interesante con Chatwin, que es británico, recalco Yberra (mi amigo sufre de ridícula anglofilia) y las libretas Moleskine. Pues fue él quien, en ese libro que mencionaste, puso ese apelativo a unos cuadernos que se fabricaban en Francia, en Tours más precisamente, y que siempre empleaba en sus viajes para tomar notas. Permíteme, lo interrumpí, Tours es la ciudad de Carlos Martel, que en plena Edad Media frenó a los musulmanes del Al-Andalus y a los vikingos. Bueno, se fastidió Yberra, ¿puedo seguir? Resulta que la fábrica original quebró y el señor Chatwin, vicioso de tales libretas, compró tantas como pudo, ya que sin ellas no podía pergeñar una línea. Pero no fueron suficientes.

Bueno, no hay mucho más, remató Yberra. Pues un astuto mercader de Milán compró en los 90 el nombre de Moleskine y se largó a reproducir estas antiguas libretas buscando recuperar la tradición. Además asegura que el papel y los materiales que emplea no agreden la ecología. Hay escritores que, hoy en día, se sirven de ellas a modo de exorcismo contra la banalidad. ¿Puedo acotar algo?, metí baza. Me gusta la idea. Creo que no se puede andar haciendo el ridículo con un *laptop* a cuestas todo el día, además que se los roban, se descargan las baterías, el *WiFi* no funciona nunca, te joden en los aeropuertos, y lo que escribes te sale una buena cagada porque no se pueden manejar bien esos teclados de mierda. Sentí que había dicho algo profundo y revelador.

Un detalle, siguió ilustrándome Mauro Yberra sin escuchar mis sandeces, hay variedades de Moleskine. El fabricante afirma que artistas plásticos como Picasso, Matisse y Van Gogh las usaron. Por eso hay también libretas en blanco y cuadriculadas, para hacer dibujos, croquis y esquemas. Se ofrece incluso una variedad en que se puede pintar con acuarela. Un auténtico cuaderno Moleskine del tipo que te he obsequiado, para reporteros o periodistas, para viajeros en el límite, tiene las veinticuatro últimas hojas separables por medio de perforaciones. No sé más, resopló sofocado Yberra, pero si quieres ser un snob consecuente, como esos que describió Thackeray brillantemente en su ensayo sobre el tema, ahora con tu Moleskine puedes matarle al punto a cualquier otro agresor del lenguaje que se te ponga delante. Me niego a decir escritor, por supuesto, añadió.

Miré mi Moleskine plenamente dispuesto a hacerla mía, casi con un toque erótico. Cabía bien en el bolsillo de la camisa y formaba, junto a mi vieja lapicera Sheaffer, una dupla amable y elegante; podía extenderse adecuadamente sobre una mesa de trabajo (gracias a su lomo cosido) y también sobre la mano izquierda, permitiendo escribir en forma decente, sin llegar a posturas denigrantes. Me gustó el tipo de papel (color crema), adecuado para recibir tinta tradicional, y adoré el pequeño sobre que en su parte trasera permite guardar tarjetas de visita, etiquetas de cerveza, fotos, recortes, esquelas, hojas de árboles, pétalos de flores, entradas a museos y cualquier porquería plana que se me ocurriera. Elementos que perduran tras los viajes, todos lo sabemos.

Un detalle semántico-técnico, que Yberra no mencionó y que me proporcionó la red virtual, no carece de interés. El material original de las antiguas libretas de apuntes era el *moleskin* (literalmente en inglés, piel de topo), un tipo de tela gruesa aunque suave, muy durable. Adecuado por lo tanto para un cuaderno que acompañara a un escritor o a un dibujante en sus excursiones. Todo esto lo agarró la compañía milanesa cuando creó su exitosa empresa. Es un asunto de *marketing*, qué duda cabe. Aunque mi Moleskine es hermosa y me resisto a ver en ella algún rasgo canallesco.

Esto de las marcas para darse aires me preocupó un poco. Un regalo que también me hizo Yberra tiempo atrás fue un garboso sombrero Panamá (el sol en estos tiempos es poco menos que un asesino), sólo que no estaba hecho con fibras de toquilla de Ecuador, sino de papel, gracias al ingenio industrial de China. Pero luce como un auténtico Panamá, sin que cueste las fortunas de uno idéntico fabricado por Borsalino, Lock o Brent Black, las grandes marcas de sombreros del mundo de la elegancia. Bueno hay gente que busca darse nobleza bebiendo Coca-Cola Zero, usando zapatillas Adidas, mirando MTV, inscribiéndose en Facebook o manejando un Audi. ¿Será el equivalente para un escritor a la moda utilizar una Moleskine para así conectarse con los grandes de las letras?

De todos modos, en mi próximo viaje no me separaré de mi Moleskine, anotaré los vinos que beberé y los quesos que degustaré, los nombres y apellidos de las damas para probar que la semiología se equivoca (significante y significado se conectan misteriosamente), dibujaré con torpeza pájaros y flores, anotaré melodías con los códigos particulares de la armónica de boca, y redactaré argumentos de novelas que nunca escribiré. Todo un programa...

